

DOMINGO 23 DE NOVIEMBRE DE 1915



AY en la menguada sala silencio de presbiterio e indecisa claridad de cripta. La escasa luz que cruza la estrecha ventana

LA MUERTE DE O'HIGGINS

Por JOAQUIN DIAZ GARCES

por los cristales empañados y llenos de polvo, deja en la penumbra los extremos de la habitación. Apenas se dibujan en él los contornos vagos de un viejo catre de madera con columnas torneadas, le un estante de caoba bruñido por el roce de cada día y de algunas imágenes clavadas en la pared, recuerdo de afección ingenua y leal.

En un sillón de jacarandá, tallado, de alto respaldo, al estilo español del siglo XVIII, tapizado de lampaz verde desteñido por el tiempo se acaba de reclinar moribundo y exánime un anciano de enjuto rostro, afilada nariz, ojos vivos y majestuosa y serena cabeza. Una mujer que se le parece en lo físico y una criada indígena, lo ayudan a tomar la posición de mayor reposo, y en puntillas se alejan sin dar vuelta siquiera el rostro para observar con ternura silenciosa cualquier movimiento del doliente.

En la vecina sala, donde otros viejos muebles que han sido lujosos en su tiempo hablan de un pasado opulento, un rayo de sol cae por la puerta entreabierta al través de los naranjos del patio. A su luz viva, en cuya faja danzan su zarabanda las moléculas de polvo, brilla la caoba y el bronce de los muebles imperio, que, en el forro manchado y descolorido, revelan el uso pertinaz de los años y son documentos de lo tornadizo de las cosas humanas. Dos retratos, colgados en los muros y encuadrados en marcos que la pátina del tiempo ha esmaltado con el tranquilo matiz del oro viejo, hacen pensar en la historia americana de los últimos años de un siglo y los primeros de otro. ¡Cuánta mudanza! ¡Qué reforma tan inmensa en tan cortos años! El virrey Ambrosio O'Higgins y el libertador Bolívar se miran frente a frente; y el más alto representante de la monarquía española y el más invencible capitán de la independencia americana, que elevaron en la ciudad de Lima el imperio de su energía y de su genio, revelan en sus sombríos cuadros una misma altiva y serena confianza bajo su aureola común de inmortalidad.

La mujer y la criada pasan de la oscura y melancólica habitación del enfermo a esta sala más risueña y luminosa.

—¡Doctor Young! querido doctor!—dice la mujer con aire desolado a un hombre que entra desde el patio. Algo me dice al corazón que es la última hora.

—Confíemos en Dios, señora Rosa. Poco hay ya que esperar de nuestras fuerzas. El general ha marchado siempre del brazo con la muerte: ésta quiere vengar hoy en el pobre viejo los antiguos desdenes del soldado. ¡Quién lo hubiera dicho cuando faltaban seis horas para estar a bordo del buque que lo debía llevar a Chile!

—Su sueño de felicidad, doctor, durante años alimentado con locuras! Vea usted en esta mesa. Antes de encerrarse en los últimos días, acababa de hacer este discurso. Léalo usted. Contesta en él a la Municipalidad de Valparaíso que se figuraba lo había de recibir al desembarcar. ¡Pobre viejo! ¡Tanto que ha sufrido, tanto que ha amado, tanta ingratitud que ha maltratado su corazón!

El doctor recorre emocionado el papel, le tiemblan sus manos y deja caer dos lágrimas que enjuga precipitadamente. A media voz lee estas palabras:

—Por preparado que viniese después de veinte años de ausencia de mi cara patria, era imposible no ser sorprendido bajo un cielo claro, a la vista espléndida de la más pintoresca ciudad de las que he visitado en otras partes del mundo, con la diferencia que todos los edificios que coronan las alturas de Valparaíso tienen los verdaderos colores de frescura y alegría de la juventud, mientras que los otros del mundo antiguo de que he hablado dan pruebas evidentes de la decadencia que atende a las edades.

—Señora Rosa, no sufra usted por esta segregación. Para el general, la muerte es el tránsito a la inmortalidad. Usted no debe dar-

le un adiós cuando en pocas horas más lo llame el Creador a su presencia; porque en ese mismo instante aparecerá de nuevo entre nosotros en Lima, en Santiago, en Buenos Aires, transfigurado, glorioso en medio de las aclamaciones que onmudecen mientras vive.

La dama sigue llorando silenciosamente. No es hija del virrey, como el general; pero ha nacido de la misma hermosa mujer que cautivó su corazón. Su amor, acrisolado en cuarenta años de vida fraternal, en la grandeza y el destierro, la ha allegado al hermano se allega a golpes de ola el caracol como a la roca que baña el mar col.

—No olvidaré nunca — prosigue exaltándose el fiel médico — que he asistido a la agonía del más valeroso soldado de América. Siento que en este momento llegan en espíritu a esta casa todos los próceres y héroes muertos en las batallas o en el destierro; mudos y silenciosos contemplan el último día del vencedor de Rancagua, de Chacabuco y de Maipo.

Un instante de silencio. Del patio llega un ruido de sandalias. Un fraile franciscano se asoma a la puerta en actitud de interrogar.

—Sigue mal, padre. La muerte está cerca. ¿Dirá usted la misa como antes en la habitación del lado? El enfermo espera.

Entre tanto, el anciano ha entornado los ojos, y aunque parece dormir, el gesto severo que se estampa en su frente y que va por momentos suavizándose, revela el desarrollo de su pensamiento.

—¡Chile! ¡Cuánto significa para él, esta palabra! Para él, que rodeó el continente por el más tormentoso mar, en medio de tempestades horribles, en un miserable barco de vela, para llegar a sus costas donde ya se habían posado antes sus más ardientes sueños de niño como una bandada de blancas gaviotas.

Para él, que conoció a su patria esclavizada, dormida en hondo sueño, cerrada a la luz y al pensamiento, y que, sin tiempo para amar ni recoger las flores de la primavera de su vida, tomó la espada para despertarla y romper sus cadenas! ¡Para él, que alcanzó a verla dando los primeros pasos, vestida de blanco y débil como una convaleciente que sale a su jardín!

Y los labios del moribundo, secos y ardientes, se mueven para acariciar la palabra tan amada: ¡Chile! La ausencia, los dolores, el deseo febril de arribar a sus playas, la presentan vestida con todas las galas del paraíso de los creyentes.

Los puertos, a la orilla de un mar intensamente azul; los campos verdes, tendidos como una sábana de esmeraldas al pie de la inmensa cordillera coronada de nieves; las ciudades, nuevas y populosas, surgiendo entre las viejas arboledas españolas como castillos blancos; el cielo, imperturbable en medio de una voluptuosa primavera que lo envuelve todo en ondas tibias; y sobre este Edén abierto con el esfuerzo y la sangre de tantos héroes, apóstoles y mártires, la joven bandera flameante a las brisas de la paz y la concordia.

Y toda esta aparición luminosa que, con la fiebre de sus pasiones de soldado, ha querido volver a ver un solo momento antes de morir, se retira de su camino para siempre.

Le parece de pronto que estas últimas palabras las ha dicho una voz extraña, como una sentencia de muerte, y poniendo el oído atento pregunta a media voz: ¿para siempre?

De la pieza vecina, apagadas como un rumor de insectos; vienen las voces de los suyos, de los únicos que acompañan sus horas de soledad y melancolía.

Hay un momento en que la imaginación cansada se paraliza. Parece que flota en un espacio oscuro donde no llega la luz ni la voz humana. Las imágenes se han borrado, los recuerdos se han detenido. De pronto, entre la oscuridad, surge una pequeña iglesia blanca, algo destruida, en medio de una gran humedad. Sus soldados lo ro-

dean. Un incesante tiroteo resuena en todos lados. Una bandera cubierta con un crespon negro se ha fijado en las trincheras para mostrar al enemigo el pacto con la muerte.

—¡Rancagua! Desde la torre en donde se encuentra en ese instante y cuya pequeña campana siente ahora sobre su cabeza, divisa un regimiento de dragones españoles que avanza desplegado por el campo lleno de sol. Un corpulento jinete de poncho blanco va al frente. ¿Quién es él? pregunta. La voz de un campesino contesta: Es Osorio! Luego descubre a la división de los Carreras que se precipita a la carga; pero muy pronto los ve dispersos por el campo y disparando al galope en todas



direcciones. La ira, la desesperación lo agitan. Junta los ojos y, sobre su frente contraída por dolorosa tortura, pasa la idea de una traición.

El cañoneo no cesa; el agua ha sido cortada. Los soldados están negros de morder cartruchos; los tiros revientan antes de allegarse el lanza fuego en los cañones calientes. El parque estalla. La idea se incendia. Entonces, el general ve una figura familiar desde las viejas campañas: es la muerte que lo invita a seguirlo. Pero monta a caballo, reúne a los suyos. Carrera, Freire, Molina, Astorga y otros agrupan los soldados. Y esta legión de la muerte, en medio de un alarido salvaje, rompe las trincheras, atraviesa el enemigo y se lanza en frenética carrera hasta Los Andes.

La Patria Vieja ha muerto! El anciano ahoga un sollozo y deja caer la cabeza sobre su pecho.

Por la puerta entreabierta, el general ve levantarse el altar con flores. La hermana entra en puntillas, se acerca, coloca su mano suave y tibia sobre la frente ardorosa del moribundo. Young avanza en puntillas. El general lo ve y le dice en voz baja:

—Ahora sí, doctor, que nos embarcamos.

—¿Para Chile, general? —No lo sé. Se me confunden en este momento las playas del descanso... ¿Para mi patria o para otra vida mejor? ¡Quién sabe! Pero siento que mi barco arriba...

Y como en ese momento el sacerdote revestido comenzara las oraciones todos se pusieron de ro-

dillas, el general, abriendo los ojos, apoyó sus manos sobre los brazos de la silla y movió los labios para orar. Pero luego volvieron, insistentes, los recuerdos. Un hombre delgado y pálido lo miraba intensamente, él le tendía la mano; ambos se hacían un juramento. ¡Era San Martín! De esa unión se formaba un ejército entero y tantas como sus soldados y más que ellos eran sus esperanzas y su fe. Como si fuera ayer, ve palpitante la marcha triunfal, al través de la Cordillera hasta Chacabuco; su carga heroica sobre los flancos de los cerros, su fatiga después del combate, cuando Soler sobre un caballo blanco, como podía ir la vanidad cabalgando sobre la envidia, le reprendió su empuje llamándolo indis-

plina y él, jadeante como una fiera después de la cacería, no replicó una palabra y palideció como la muerte.

Los ojos del general, cerrados un instante, vuelven a abrirse; pero esta vez a la realidad. Ya no es un sueño. Por lo menos la aparición no es vaga ni mental. Un sacerdote dice la misa frente a él. Es la misa en acción de gracias por la batalla de Maipo! Inmenso rumor de pueblo, de tambores, y clarines, de campanas lanzadas a vuelo, de petardos y vitores, viene rodando en alas del viento como un trueno lejano, pero como un trueno de gloria y de alegría.

Las salvas de los cañones rompen de cuando en cuando este clamor gigantesco que sube en una marejada tempestuosa. Descargas de fusilería levantan a cada instante un nuevo vocerío que se mezcla a los repiques de las campanas, y a las dianas de los cuarteles, como un coro más grandioso que el de los combates, porque es el de las victorias.

El director supremo siente acercarse este océano de ejército y de pueblo sobre el cual millares de banderas y de ramas verdes se agitan en el aire en discordante aclamación. Vestido con su casaca bordada de oro, rodeado de sus Ministros Zenteno, Zañartu y Echeverría; escoltado por Freire, Prieto, Benavente, Bulnes y otros de rostro juvenil, mirada de fuego, figuras altivas y espaldas gloriosas, penetran al templo, donde al acallarse el himno de los cañones, campanas y tambores, surge otro de cánticos sagrados, severo y grave, como los versículos del Te Deum.

Ve el general levantarse a su lado las imponentes columnas de la Catedral de Santiago; llenarse sus naves con una inmensa muchedumbre; avanzar las delegaciones de los regimientos con las banderas inclinadas; los frailes cantando con cirios encendidos en las manos, los monaguillos mecendo los incensarios de plata; y sintiéndose un rumor de mar agitado, de cantos, voces, pasos, sobre la piedra del piso, espadas que se chocan, fusiles que se alinean. ¿Qué cortejo es éste? ¿Quiénes se avanzan hasta a dos pasos de su dosel de honor? Es San Martín que viene rodeado de los guerreros argentinos, de Quintana, Balcarce, Las Heras y cincuenta más de activo continente y fiera apostura.

Allí en el fondo continúan los cánticos sagrados y de afuera entran en oleadas los ecos del clamor de un pueblo entero, que celebra la victoria, con las salvas que se disparan de minuto a minuto en los cuatro extremos de la ciudad.

El sol de las victorias cae so-

bre los vidrios de colores, forma un arco-iris que atraviesa la oscura nave y se quiebra sobre la muchedumbre inquieta y rumorosa.

Pero los cantos van extinguiéndose, las luces apagándose, las aclamaciones alejándose. Aquellas figuras palidecen como sombras, éstas se borran como jirones de humo, las columnas se retiran como los decorados de una escena; todo queda solitario, abandonado, silencioso.

—¡Qué efímeros son los triunfos! A lo lejos, desde un rincón, una figura hace señales misteriosas: es la misma que lo invitó en Rancagua a seguirlo, es la misma que pocas horas antes ha vuelto a acercarse. Es la muerte que llega.

La misa ha concluido.

Rosa se acerca y le oprime una mano. El moribundo sonríe. La sala vuelve a quedar un momento en silencio; sombras y amarguras invaden su mente. Son las primeras turbaciones del Gobierno. Ha acabado la epopeya, comienza la lucha sin laureles y sin glorias, las estériles batallas contra las ambiciones de los hombres, las calumnias y las injurias.

Una procesión de víctimas pámbargo. El viejo cierra los ojos un hilo de sangre sobre el pecho o en el cuello. No le acusan, sin embargo. El viejo cierra los ojos y frota su mano sobre la frente como para borrar todo aquello que amarga su última hora.

Young y Rosa están a su lado. La fiebre ha subido, los ojos tienen extraño brillo. Lo levantan cuidadosamente y lo acercan al lecho donde la casaca del Director Supremo que se hizo mostrar por la mañana cae como un trofeo, plegada sobre la banda de capitán general que cruzaba su pecho.

Recuerda, al verla, la escena del Consulado, los airados ademanes de sus amigos, su inmensa soledad, su abandono de todos, la adición del mando en un supremo movimiento de heroísmo, y grandeza de alma... y levanta su cabeza con orgullo.

Un instante después, tendido en el lecho y respirando con dificultad, ve pasar todavía imágenes antiguas, su viaje a Santiago y Valparaíso, su arresto, su embarque a bordo de un buque inglés y su llegada al Callao, para no volver!

Un incesante ruido se siente en el patio: roce de pasos sobre las losas, hojas oprimidas en el suelo. Medrosamente, lentamente, van entrando a la humilde morada, viejos y niños, soldados y mujeres, que se agrupan bajo los naranjos que imponen silencio con un dedo sobre los labios y esperan.

Ha corrido la noticia de que el capitán general de la República de Chile, el brigadier del ejército de Buenos Aires y el gran mariscal de Perú, está agonizando; y un sentimiento de emoción recorre plazas y calles, levantando los recuerdos de la Independencia como un toque de rebato.

Y mientras en la sala triste en donde las sombras del crepúsculo comienzan a hacer su nido, sufre agonías de muerte, soldados de los tres ejércitos que han ido quedando en la ciudad de los virreyes después de la guerra, llegan de todas partes para ver por última vez al prócer del Roble, de Rancagua y Cancha Rayada, al general de Chacabuco y Maipo, al proscrito de la hacienda de Montalván, al primer ciudadano de Chile!

Dos o tres veteranos, que pelearon en Maipo y que poco antes habían estado en el Perú con Bulnes para conquistar glorias y heridas en Yungay, han logrado entrar a la habitación y llevar de rodillas en un extremo.

Rosa tiene una mano sobre la frente del anciano, y con la otra le oprime la serecha. El aliento del moribundo es entrecortado y difícil.

Young y el fraile, de rodillas dos pasos más lejos, murmuraban las letanías de la buena muerte que resuenan desgarradoras en el contraste de la humana gloria con la humana miseria.

El general se incorpora súbitamente, mira sonriendo al médico fiel, tal vez más lejos divisa a los soldados de Chile. Con una mano aparta la casaca de Director y con la otra atrae hacia sí un hábito franciscano que ha pedido antes.

—Va a comenzar la batalla—